

PEPE, EL RUSO

A decir verdad, es imposible andar por la residencia y no fijarse en **Pepe**, porque tiene el don de la omnipresencia. Lo habitual es encontrarlo vagando por los pasillos con aire ensimismado, aunque tiene también la habilidad de sumarse a cualquier grupo formado por residentes y familiares como si dispusiera de un sistema de camuflaje camaleónico. Recuerdo que un día estábamos un grupo de allegados en la habitación de un familiar, y me costó un buen rato percatarme de que allí estaba también **Pepe** (a los demás tuve que indicárselo), como uno más del grupo, mirando con expresión interesada a quien tomaba la palabra.

La otra actividad que ocupa gran parte del tiempo de **Pepe** es ver la televisión, aunque no se traga cualquier programa, sino que los elige con precisión. En efecto, como si tuviera implantado un chip que le pusiera en estado de alerta, la actividad de vagar por los pasillos o integrarse en algún grupo es abandonada con determinación cuando en alguna de las televisiones se emite un programa de noticias o en el que se comentan acontecimientos políticos o socio-económicos. Permanece atento a la pantalla, impertérrito, durante el tiempo de duración del programa - anuncios incluidos-, con una expresión de interés como la que tiene cuando escucha *in situ* a alguna persona. Siempre callado. Sin pronunciar palabra alguna.

Nunca había visto a **Pepe** acompañado de ningún familiar o amigo, hasta que hace unos meses, tras haber finalizado una de mis visitas y me dirigía hacia la salida, lo vi en uno de los salones, sentado frente al televisor, acompañado de un señor al que inmediatamente reconocí.

- *¿Juantxo?* -me pregunté a mi mismo según me acercaba-.
¡Juantxo! -exclamé cuando llegué junto a él, mientras le daba una palmada en el hombro-. *¡Qué casualidad! ¡Hace un montón de años que no nos veíamos!*

Me reconoció al instante. Habían sido muchas horas, durante muchos años, las que habíamos pasado juntos en el gimnasio cultivando los músculos y, entre serie y serie, conversando sobre nuestros temas favoritos: el deporte, que era nuestra afición, y el sindicalismo y la política, que eran nuestra pasión.

Ambos coincidíamos en que ambos temas eran perfectamente compatibles, aunque en aquellos tiempos había quien consideraba que interesarse por el deporte era un síntoma inequívoco de aburguesamiento, incompatible con ser coherentemente de izquierdas. Eran los años de la *transición*, y había quien se consideraba legitimado para repartir carnets de progre o de abertzale y quien, además, se sentía investido de autoridad suficiente como para juzgar y condenar a quien, según su punto de vista, no tuviera suficiente pedigrí de opositor a la dictadura franquista.

Juantxo y yo militábamos en diferentes organizaciones y discrepábamos cordialmente en nuestros análisis sobre la situación social y política, aunque coincidíamos en algo esencial: en que era tiempo de construir el futuro y en que nunca hay que cansarse de negociar (solíamos bromear acerca de qué ejercicio gimnástico era mejor para ser un auténtico “**culo de hierro**”, que era como denominábamos a quien era capaz de aguantar mucho tiempo sentado en una mesa de negociaciones).

Por aquel entonces, **Juantxo** trabajaba en la administración de una empresa de transporte y era un militante rojo, rojísimo, de una organización marxista, leninista, maoísta y no sé cuántos adjetivos más. Luego montó un negocio propio que le hacía viajar constantemente (obviamente, en régimen de cooperativa, sociedad anónima laboral o algo similar, porque no era **Juantxo** persona para quedarse con la *plusvalía* de ningún trabajador). Tras el cierre del gimnasio en el que compartíamos sesiones de *machaque* dejamos de vernos y sólo nos habíamos saludado de pasada. Hacía más de veinte años que ni siquiera nos habíamos visto.

- *¿Eres familia de **Pepe**? -le pregunté tras habernos saludado cordialmente, mientras el aludido permanecía absorto en la pantalla del televisor-*
- *No -me contestó, mientras ponía una mano sobre el hombro de **Pepe**-. Trabajaba en la empresa de transporte cuando yo todavía andaba por allí. Me enteré no hace mucho de que estaba aquí y, como sé que no tiene familia, me acerco algunas veces. Me reconoce y creo que suele alegrarse de verme. De hecho, me saluda con simpatía cuando llego.*

- *¿En serio? ¡Qué curioso! Nunca le he oído decir ni una palabra.*
- *Bueno, es lo único que me dice. Pero, como al hacerlo esboza una sonrisa, me parece suficiente como para venir de vez en cuando. Me imagino que tú vienes a visitar a algún familiar.*
- *Así es. Vengo relativamente a menudo. Espero que a partir de ahora hagamos por coincidir y que, de vez en cuando, nos demos al vicio y nos tomemos unas aguas minerales.*
- *Veo que no has perdido las buenas costumbres -me respondió con una amplia sonrisa-. Te aseguro que yo tampoco.*
- *Y de paso me cuentas algo sobre... -señalé con la cabeza a **Pepe**, que permanecía sin pestañear frente al televisor-, que aquí es toda una institución.*
- *Bueno, podemos inaugurar hoy mismo la temporada, porque me da la impresión de que **Pepe** tiene para un buen rato. Bueno, **Pepe** -dijo dirigiéndose a él-. Ya me voy. Otro día vengo. Mira, este es mi amigo **Patxi**. Seguro que lo conoces de verlo por aquí.*

Pepe nos dirigió a ambos una mirada de soslayo y, sin pronunciar palabra alguna, fijó de nuevo su atención en la pantalla. El programa era sobre política internacional y las imágenes de fondo eran de gente cabreada manifestándose. Nos dirigimos a un bar cercano y nos pusimos al día brevemente sobre nuestras situaciones personales. Ninguno de los dos parecía interesado en dar explicaciones demasiado prolijas, así que centramos nuestra conversación en las visitas a la residencia y en recordar los viejos tiempos. Y en **Pepe**.

- *Has dicho que vienes a menudo por la residencia -comentó **Juantxo**-. A mi me cuesta un poco, porque el lugar me parece deprimente. Pero creo que debo hacerlo: **Pepe** no tiene a nadie.*
- *Es ley de vida -le contesté-. Hay un momento en que personas que le han acompañado a uno por la vida se hacen muy*

mayores y no queda otra. Además, a mi no me parece que el sitio sea deprimente. Las residencias para mayores me parecen sitios imprescindibles, y las personas que están en ellas, por lo general, me resultan entrañables.

- *Pero -dijo **Juantxo**, poniéndose muy serio-, en algunas plantas, como la que nosotros visitamos, la mayoría de las personas tienen enfermedades mentales irreversibles. Me parece una situación dramática, para ellas y para sus familias.*
- *Tienes razón. Es muy doloroso y es algo a lo que nadie quiere llegar ni quiere que lleguen sus familiares. Pero, es lo que hay. Además, aunque en lo que a mi respecta soy partidario de poner los medios necesarios para no llegar a esa situación, debo reconocer que son personas que, al menos durante un cierto tiempo, conservan sensibilidades y sentimientos.*

Juantxo me miraba con expresión de no tener argumentos para seguir la conversación, ni tampoco ganas de buscarlos. Pero me resistí a no rematar mis tesis al respecto.

- *Mira **Juantxo**. Entiendo tus sensaciones. Hay gente de mi entorno a la que le ocurre lo mismo. Pero he tenido ocasión de ver algunas escenas que han hecho que me saltaran las lágrimas, pero no de pena, sino de emoción.*

Verás, un día vino una cuidadora con un viejo radio-casette y puso una cinta con canciones que habían grabado familiares de una de las residentes. A ésta se le alumbró la cara con una sonrisa, tomo de la mano a la amiga que estaba a su lado, y ambas se pusieron a bailar, mirándose a los ojos, como dos niñas que estuvieran despertando a la pubertad mientras oían canciones que las emocionaban. Tengo grabados aquellos minutos como unos de los más emotivos que he vivido.

Juantxo dejó pasar unos segundos mientras tomaba un sorbo de agua. E inmediatamente hizo lo que los taurinos llaman una larga cambiada.

- *¿Sabes que murió **Manci**? No hace mucho. Me lo dijo un antiguo colega del gimnasio.*

- *Sí, lo se -contesté, siguiéndole la corriente-. Y me dio pena no haberme enterado a tiempo para asistir al funeral y saludar a su familia. ¡Era todo un pesonaje !*

Manci era el dueño del gimnasio al que íbamos cuando éramos jóvenes. Un tipo con una historia de novela. Simpático, *bon vivant*, con un físico excepcional. Le encantaba contarnos sus andanzas juveniles, cuando había hecho de casi todo: desde ser luchador de “*lucha libre*” (lo que ahora llaman **Pressing Catch**) hasta *especialista* de cine. Todavía recuerdo su expresión de niño travieso cuando, bajando la voz, nos contaba su participación en la película de **Vadim, Les bijoutiers du clair de lune** (1958), en la que había sustituido a **Stephen Boyd** (el guaperas que hacía de **Messala** en **Ben-Hur**) para sacar en brazos de entre las olas del mar nada más y nada menos que a **Brigitte Bardot**.

- *Y qué me dices de **Pepe** -le pregunté directamente-. Tiene pinta de haber sido también un hombre peculiar.*
- *La historia de **Pepe** es para contarla con calma -dijo, tras pensarse la respuesta durante unos instantes-. Así que quedamos un próximo día y te explico lo que sé, que no es demasiado. Aunque por la información que me ha llegado, es cierto que tiene una historia bastante rocambolesca. Ya lo verás.*

Intercambiamos números de teléfono y nos comprometimos a quedar un próximo día. Al cabo de unas semanas recibí su llamada. Me pidió que fuéramos juntos, porque quería que escuchara el saludo de **Pepe** cuando se encontrara con él. Aunque me advirtió que, al ir conmigo, igual se cohibía y no decía nada.

- *Te habrás dado cuenta de que **Pepe** es muy suyo -añadió-.*

Dicho y hecho. Casi me caigo de espaldas cuando **Juantxo** se dirigió a él y le saludó:

- *Hola **Pepe** ¿qué tal?*

Y, con una sonrisa, y sin levantar apenas la voz, **Pepe** contestó:

— **¡Viva Rusia!**

Me quedé estupefacto, mientras **Juantxo** se reía y me decía:

— *¡Te lo había advertido! ¡ya te lo había advertido!*

Quedamos en que nos encontraríamos más tarde en el bar. Al cabo de un rato ambos estábamos frente a las aguas minerales de reglamento y **Juantxo** comenzó a desgranar la historia de **Pepe**.

Según la información de que disponía, **Pepe** había nacido en la segunda mitad de los años 20 (en opinión de **Juantxo**, sus muchos años quedaban enmascarados por su aparente buena condición física y por lo enjuto que había sido toda la vida). Su padre y su madre eran andaluces. Y, aunque en aquella época todavía no era frecuente que alguien se desplazara desde un sitio tan lejano, habían emigrado a **Bizkaia** a buscarse la vida, animados por un primo de la madre que llevaba varios años trabajando en las minas de **Gallarta**. Cuando vinieron, ya traían consigo a la hermana mayor de **Pepe**. Al parecer, su padre era un tipo peleón, afiliado al hacía pocos años fundado **Partido Comunista**, que habían montado militantes disconformes con la línea socialdemócrata del **PSOE** y partidarios de las tesis leninistas de los bolcheviques (que eran los que habían triunfado en la **Revolución de Octubre de 1917** en Rusia).

— *Me contaron que el padre era un tipo espabilado al que sus implicaciones políticas llevaron a trabajar en una imprenta de **Donosti** -explicó **Juantxo**-. Y aquí nació **Pepe**, que siempre se ha considerado vasco y donostiarra por los cuatro costados.*

Juantxo hizo una pausa y me miró fijamente para hacer una puntualización que consideró imprescindible.

— *No creas que sé todo esto porque me lo haya contado **Pepe**, que siempre ha sido un tipo de muy pocas palabras. Quien me lo contó fue uno de los dueños de la empresa de transporte en la que ambos trabajamos. Su padre, que había sido amigo del padre de **Pepe**, fue quien abogó para que le dieran trabajo en la empresa a finales de los años 70, cuando volvió después de haber pasado fuera más de cuarenta años.*

- *Sigue, sigue. El asunto se está poniendo interesante.*
- *Ya sabes que, acabada la dictadura de **Primo de Rivera** y con la proclamación de la **II República**, las organizaciones obreras estaban plenamente activas. Al parecer, el padre de **Pepe** era de los que vendía **Mundo Obrero** en el **Boulevard**. Y era común que a quien le ofrecía el periódico le saludara con un **¡Viva Rusia!** En más de una ocasión **Pepe** debió de acompañar a su padre en las labores de militancia, y se aprendió la jaculatoria.*
- *Ya me imaginaba que el origen tenía que ser algo así. Por cierto, lo de **¡Viva Rusia!** es una expresión que me resulta familiar. Y no porque el cocinero de las guarrindongadas la diga ahora por la tele, sino porque uno de mis tíos, que era muy nacionalista y nada prosoviético, en plena dictadura franquista solía decirlo en la intimidad, medio gritando, para protestar ante alguna bronca de baja intensidad que le echaba su señora, que se hacía la escandalizada, aunque no pudiera aguantar la risa, como nos ocurría a los que andábamos por allí.*

Habíamos compartido muchos ratos de charla sobre el devenir de las organizaciones obreras, así que no nos costó demasiado dedicar un buen rato a divagar sobre la buena voluntad y la pésima estrategia de las organizaciones de izquierda en la **II República**. Cuando el tema ya no daba para más, **Juantxo** retomó la historia de **Pepe**.

- *Cuando empieza la **Guerra Civil**, la familia de **Pepe** estaba asentada en **San Sebastián**. Pero poco antes de que el **13 de septiembre de 1936** llegaran a **Donostia** los **Cuarenta de Artajona** como avanzadilla del ejército rebelde de **Mola, Franco** y compañía, se fueron a **Bilbao**.*

Su madre y su hermana, junto a otros refugiados, embarcaron allí en un pesquero que debía llevarlas al extranjero. Pero, tuvieron la mala suerte de que les pillara una tormenta, y el barco se hundió. A la madre y la hermana se las dio por desaparecidas. Se supone que se ahogaron.

- ¿Y **Pepe**? -le pregunté, sorprendido por que no hubiera subido al barco con su madre y su hermana-.
- *Ya ves. Inexplicables historias de la guerra. Nadie sabe el motivo de que **Pepe** se quedara en **Bilbao**, seguramente con unos amigos de la familia. Quizá porque su padre también estaba por **Bilbao** pegando tiros en un batallón de milicianos.*

La historia de la familia de **Pepe** me resultaba muy cercana. Le conté a **Juantxo** que mi amá, que entonces no había cumplido todavía 17 años, junto con su madre y sus tres hermanas, había seguido el mismo camino que la familia de **Pepe**. De hecho, al llegar a **Bilbao** no se decidieron a embarcar rumbo al extranjero porque mi abuela no quería irse sin saber dónde estaba su marido, que era carabinero (el de carabineros fue un cuerpo de vigilancia de fronteras que permaneció leal a la **República** y que luego fue disuelto por **Franco**). Sólo después de acabada la guerra supieron que había pasado la mayor parte de la guerra en **Madrid**, con los del “**No pasarán**” (aunque al final sí pasaron).

Mi familia materna, en su propósito de alejarse de las tropas rebeldes, dejó atrás **Bilbao** y siguió su peregrinaje por **Cantabria** y **Asturias**, hasta que ya no supieron a dónde ir y decidieron embarcar con destino a **Francia**. Su barco no se hundió como el de la madre y la hermana de **Pepe**, pero fue apresado por el **Cervera**, un buque de la armada franquista, que las condujo de nuevo a **Bilbao**.

Una anécdota curiosa es que en el mismo barco que iba mi familia materna iban también dos hermanas del que luego sería mi aitá. Como en el caso de la familia de **Pepe**, mi familia paterna también andaba dispersa: una parte permaneció en **San Sebastián**; dos de mis futuras tías, en el barco; y algunos, en el frente, formando parte de las tropas republicanas.

Que mi familia estuviera en su mayor parte del lado republicano lo digo siempre con cierto orgullo (aunque me consta que algún familiar paterno que no tengo el disgusto de conocer -mi familia paterna tienen sus orígenes en **la Ribera de Navarra**- salió rana y estuvo en el otro bando, y con galones de mando, además), pero es sabido que en las guerras civiles es frecuente que uno acabe en uno u otro lado del frente casi por casualidad. Y, en muchos casos, obligado.

Con tanta historia familiar, se nos había ido el tiempo. No obstante, me pareció observar que a **Juantxo** no le apetecía hablar de los tiempos de la **Guerra Civil**. Es obvio que hay que diferenciar lo que cada uno es o ha hecho en su vida y lo que han sido o han hecho personas de su familia, pero me dio la impresión de que **Juantxo** no se sentía cómodo hablando del tema. De hecho, no hizo ningún comentario al respecto, sino que dijo que era bastante tarde y que diéramos por finalizada la sesión.

Propuso que siguiéramos otro día, ya que todavía quedaba por contar una parte sustancial de la historia de **Pepe**, aunque quería contrastar algunos datos con un antiguo compañero de la empresa de transporte. Quedamos en que me llamaría. La llamada tardó más de dos meses en producirse.

Durante ese tiempo, yo seguí con mis visitas habituales a la residencia. La primera vez que me cruce con **Pepe** por uno de los pasillos, le saludé:

— **¡Hola, Pepe!**

Me miró como hace con el resto de gente que le saluda -a la que no suele responder- y esbozando media sonrisa me dijo muy, muy bajito:

— **“¡Viva Rusia!”**.

Su saludo hizo que sintiera que **Pepe** me había adoptado como amigo o, al menos, que me reconocía como amigo de su amigo. En adelante, el saludo mutuo se repetiría, casi clandestinamente, cada vez que nos cruzáramos.

Hubo un día en el que coincidimos en la residencia varias personas de mi familia y decidí dedicar unos minutos a estar con **Pepe**. Ese día tocaba programa de televisión. Le saludé, pero estaba absorto y me ignoró totalmente. **Pepe** era así, y había que aceptarlo. Transcurrido un rato me despedí de él, pero ni pestañeó. El programa de televisión era, como siempre, sobre asuntos políticos y socio-económicos, y absorbía totalmente su atención.

Durante el tiempo trascurrido desde la anterior charla con **Juantxo**, había pensado en la historia de **Pepe**. En mi opinión, un dato clave era que había pasado más de cuarenta años en el extranjero. Estaba claro, por tanto,

que se había exiliado durante la guerra, cuando era un chaval de poco más de diez años. Quedaba por concretar su destino.

En realidad, sólo había dos opciones lógicas: la primera era que, dada la militancia política de su padre, hubiera sido enviado a **Rusia**, como uno más de los **Niños de la Guerra**; la otra opción -que mi intuición me decía que era menos probable- es que hubiera ido a algún otro de los países que también acogieron niños durante la **Guerra Civil** (Francia, Bélgica, Reino Unido, México, Suiza, Dinamarca). Una tercera posibilidad es que hubiera sido acogido por alguna familia que se hubiera exiliado, pero el que hubiera regresado solo y no tuviera familia no avalaba esa alternativa.

En nuestra siguiente cita, mientras nos tomábamos las aguas minerales de rigor, **Juantxo** me confirmó que la primera opción, la que parecía más lógica, era la acertada: **Pepe** salió con destino a la **URSS** en un barco que zarpó en **junio de 1937** desde **Santurce**.

- *Su padre murió en la defensa de **Bilbao**. Eso se sabe con seguridad -afirmó **Juantxo**-. Los compañeros de militancia de su padre consideraron que un huérfano de un comunista debía ir a **Rusia**. Y allí pasó más de cuarenta años.*

La historia no por intuida ni por saber que existían muchos casos como el de **Pepe** dejaba de ser apasionante, así que urgí a **Juantxo** a continuar su relato a base de formularle una ristra de preguntas: ¿cómo fue su estancia en **Rusia**? ¿a qué se dedicaba? ¿formó allí una familia? ¿cómo y cuándo se produjo su vuelta?

- *Vayamos por partes -dijo **Juantxo**-. Además, yo sé lo que sé, que no es demasiado. Según me contaron, **Pepe** no dejó nunca de decir que quería volver en cuanto **Franco** fuera derrocado. Pero, como eso no sucedió, **Pepe** no volvió hasta después de la muerte del dictador, a finales de los años 70.*

*Al parecer, tras morir **Franco**, insistía en que el era vasco, de **San Sebastián**, y que quería volver a su tierra. Después de cuarenta años, se habían reanudado las relaciones diplomáticas entre **España** y la **URSS**. El amigo de su padre logró que interviniera la embajada -eran los tiempos en que el*

embajador en **Moscú** era **Juan Antonio Samaranch** - y que, finalmente, **Pepe** volviera.

En cuanto a su vida en **Rusia**, no sé nada de nada. Es obvio que de chaval vivió en alguna institución estatal y me imagino que luego trabajó en algún oficio. Es sólo una conjetura, pero, aunque en la empresa de transporte trabajaba sobre todo en el almacén, también echaba una mano en cualquier cosa relacionada con el mantenimiento y era bastante manitas.

- Y de su vida familiar en **Rusia** ¿no sabes nada? -insistí-.
- Pues no. Una vez, en el trabajo, alguien le gastó una broma sobre cómo le había ido con las rusas, y **Pepe** se puso serio y tremendamente triste. Daba la sensación de que iba a echarse a llorar. Ahí se acabaron las preguntas. Y como Pepe siempre ha sido hermético...
- Y su vida desde que vino a **Donosti**...
- **Pepe** ha sido siempre un tipo majo. Sonriente y dispuesto a echar una mano. Eso sí, de poquísimas palabras. Llegamos a pensar que tenía problemas con el idioma e incluso que le faltaba un hervor. Pero nunca llegamos a ninguna conclusión.

Al principio nos chocaba que saludara con lo de ¡**Viva Rusia!**, pero como no se metía con nadie y ya no estábamos en la dictadura... Una vez, recién llegado, en una huelga general en plena transición, estábamos de piquete en el polígono industrial y aparecieron unos polis. **Pepe** les saludó con su habitual ¡**Viva Rusia!** Debieron pensar que estaba un poco majara. Aquel día empezamos a llamarle **Pepe, el ruso**. Creo que a él le hacía gracia.

- Y fuera de la empresa, ¿cómo vivía? ¿a qué se dedicaba?
- El amigo de su padre, el que le consiguió el trabajo en la empresa, le buscó alojamiento con un matrimonio mayor, sin hijos. Y siempre vivió allí. Sabíamos que en su tiempo libre paseaba mucho y que se quedaba escuchando atentamente si

*alguien hablaba por su alrededor -cuando **Juantxo** comentó lo anterior, me acordé de su capacidad de mimetizarse con el entorno de cualquier grupo-. Y creo que también veía bastante la televisión. O sea, más o menos como ahora. Hasta que se jubiló y logró irse a vivir a una residencia para personas mayores.*

- *¿Cómo fue eso? No tiene aspecto de ser muy dependiente, aunque igual está diagnosticado de alguna enfermedad mental.*
- *Ya te dije que quería informarme de algunos detalles sobre la última época de la vida de **Pepe**, porque cuando se jubiló yo ya no estaba en la empresa. Hace unos días logré ponerme en contacto con el que tramitaba las jubilaciones y me dijo que, en cuanto se jubiló, fue a los servicios sociales del ayuntamiento y dijo que quería ir a una residencia.*

Según parece, al principio no le hicieron mucho caso, pero debió de ser tan insistente que, al final, alguien decidió interesarse por su historia y, a la vista de sus peculiaridades personales, decidieron que ingresara en una residencia. Creo que inicialmente estuvo en otra, hasta que finalmente recaló en ésta. En mi opinión, aquí se siente bien. Ha vivido mucha parte de su vida institucionalizado, en el régimen soviético y, luego, de patrona. Creo que estar aquí le resulta cómodo.

- *¿Y lo de la enfermedad mental?*
- *Ya te he dicho que siempre ha sido un tipo muy peculiar, pero ya sabes que hasta no hace tanto tiempo uno podía ser simplemente un poco raro, sin que nadie se empeñara en diagnosticarle una enfermedad mental. No obstante, con su historia tampoco sorprende que tuviera algún problema cuando era chaval y que haya derivado hacia algún tipo de síndrome de autismo funcional. ¡Vete a saber! Creo que él se siente bien aquí y eso es lo que importa. ¿No te parece?*

- *Estoy totalmente de acuerdo. Lo importante es que se sienta bien y que viva estos años tranquilo y con el máximo grado posible de bienestar.*

Aproveché la pausa que hizo **Juantxo** para insistir con mis preguntas.

- *Y lo de ver en la televisión sólo informativos y programas con contenido social y político. ¿Antes también era así?*
- *No tengo ni idea. Es cierto que en la **URSS** la educación y, en general, la vida estaba muy politizada e ideologizada. Y que cuando vino aquí, en plena transición, lo político y lo social impregnaban el ambiente. ¡A nosotros nos lo van a decir, eh! -dijo **Juantxo** con un gesto de complicidad-. A **Pepe** le encantaba escuchar todo lo que se hablaba al respecto, aunque nunca decía nada. Pero tampoco sé el motivo de que ahora le interesen tanto esos temas y sólo esos temas. A decir verdad, no se ni cómo elige los programas que ve, ni si realmente se entera de su contenido.*
- *Pues se fija en la pantalla y en lo que dicen como si en ello le fuera la vida. Cuando está delante de la tele, ni saluda.*
- *En efecto. Así es.*

Juantxo hizo una nueva pausa, que me pareció definitiva

- *Bueno, pues esta es, a grandes rasgos la historia de **Pepe, el ruso**. No creo que podamos saber mucho más sobre él. Y ni te molestes en preguntarle a él directamente, porque es totalmente inasequible a cualquier tipo de interrogatorio. Es mejor dejarlo estar.*

Me resistía a dar el tema por acabado, y le formulé una nueva pregunta.

- *¿Sabes porqué está en esta parte de la residencia en la que sólo hay personas con enfermedades mentales o, al menos, con la capacidad cognitiva disminuida?*

- *Lo pregunté. Me dijeron que era una decisión médica. Insinuaron algo del síndrome que te he comentado. Pero lo tratan como a una persona autónoma y no le ponen pegas si quiere salir fuera de la planta. Aunque me han dicho que no suele hacerlo casi nunca. Sólo cuando todas las televisiones de la planta están sintonizadas en canales que no le interesan y sabe que puede ver uno de sus programas en otro sitio. Ya sabes que para eso es un lince.*

Desde ese día, dimos por cerrado el asunto del pasado de **Pepe, el ruso**. De vez en cuando **Juantxo** se acercaba a hacerle una visita. Me avisaba previamente y, si se terciaba, intentábamos pasar unos minutos con **Pepe**. Después, si todavía nos quedaba un rato, nos tomábamos las consabidas aguas minerales.

Y así pasaron varios meses. Hasta que un día vi venir a **Pepe** por un pasillo de la residencia y lo encontré muy desmejorado. Además, me sorprendió muchísimo cuando cambió su ritual para responder a mi saludo. Ese mismo día llamé a **Juantxo** y le dije que debíamos vernos, que tenía que comentarle algo sobre **Pepe**, pero que prefería hacerlo personalmente. Quedamos para un par de días más tarde, directamente en el bar.

En cuanto nos saludamos, nos sentamos y pedimos las aguas minerales, **Juantxo** se dirigió a mi visiblemente preocupado.

- *Cuéntame las novedades que tengas sobre **Pepe**, que luego te cuento las mías.*
- *Espero que no pase nada grave -le dije-. Precisamente una de las cosas que quería comentarte es que había visto a **Pepe** con mucho peor aspecto, muy desmejorado. ¿Van por ahí tus novedades?*
- *Algo de eso hay. Pero acaba de comentarme todo lo que tengas previsto decirme y luego te explico.*
- *No se si merece la pena. En realidad es sólo una anécdota. El otro día, cuando te llamé, me había encontrado a **Pepe** en un pasillo y, como te he dicho, me pareció que estaba muy deteriorado. Le saludé y, cuando esperaba el habitual ¡**Viva***

***Rusia!**, me miró con una expresión diferente a la habitual y, para mi sorpresa, me respondió: ¡**Viva Grecia!** Acto seguido siguió su recorrido. Como siempre. Como ya le conozco, decidí esperar a comentarlo contigo.*

- *Pues te cuento, y luego sacamos conclusiones. Ayer, **Pepe** comió en la residencia, y posteriormente nadie le ha vuelto a ver. Han esperado a esta mañana para llamarme y, cómo no les he podido aclarar nada sobre su paradero, han avisado a la **Ertzaintza**. Como ya habíamos quedado en vernos, he preferido esperar, por si había alguna novedad de última hora. Pero me acaban de decir que no se sabe nada de él.*

Antes de contestar, dediqué unos instantes a establecer alguna hipótesis razonable. Para corroborar la única que se me ocurría hice una pregunta a **Juantxo**.

- *Y sobre que estuviera físicamente más deteriorado ¿te han dicho algo?*
- *Me han dicho que ha sido algo repentino. Apenas ha comido ni dormido durante los últimos días, aunque no tenía ningún síntoma apreciable, como fiebre, tos o diarrea. Tenían previsto llevarle hoy mismo a hacer análisis y alguna otra prueba médica para poder hacer un diagnóstico de su estado. Hasta ahora ha tenido buena salud, pero ya sabes que a su edad cualquier cosa puede tener importancia. ¿A ti que te parece?*

Dudé sobre si plantearle directamente mi hipótesis a **Juantxo** o esperar a tener algún dato más. Por el momento, opté por devolverle la pregunta.

- *“Bueno, tú conoces más a **Pepe**. ¿Cuál tu punto de vista?”*

Juantxo demostró ser valiente y planteó abiertamente lo que yo también pensaba.

- *Si te digo la verdad, me temo lo peor. Creo que ha sentido que su deterioro físico era irreversible y no ha querido convertirse en un enfermo hasta el final de sus días. Me da la impresión de que no volveremos a ver a **Pepe** con vida.*

Tras escuchar a **Juantxo**, me atreví a corroborar su impresión.

- *Estoy de acuerdo. No se a dónde habrá ido. Pero no creo que vuelva a la residencia. Coincido contigo en que no volveremos a verlo con vida.*

Juantxo permanecía en silencio, apesadumbrado. Quería confortarlo, y aunque no sabía como iba a encajar mi punto de vista, decidí exponérselo.

- *Si lo que nos tememos se confirma, deberemos respetar su decisión. Y no pensar que ha sido un cobarde, sino una persona consecuente que ha decidido enfrentarse a la muerte a su manera. Además, ha demostrado ser mucho más listo que lo que todos creíamos y tener plena consciencia de cómo era su vida y de cómo no quería que fuera desde ahora hasta el final.*

En poco más de 24 horas, en las noticias locales que suelo escuchar por la radio a primera hora de la mañana, informaron que en la playa de la **Zurriola** había sido hallado un cadáver sin documentación cuya descripción me resultaba familiar. Llamé inmediatamente a **Juantxo**. Le habían avisado hacía un rato. Tenía que ir a reconocer el cadáver. Fuimos juntos.

Del resto hay poco que contar. Tras la autopsia y los mil y un papeles que hubo que tramitar, **Juantxo** dispuso que llevaran los restos de **Pepe** a un crematorio para que fueran incinerados. Decidió no avisar a nadie. Dijo que si alguien hubiera estado interesado en **Pepe**, ya habría ido a visitarlo alguna vez. Y que no le apetecía escuchar ahora que **Pepe** era muy majo ni responder a preguntas o comentarios morbosos sobre la forma en que había puesto punto final a su vida. Le respondí que estaba plenamente de acuerdo con su decisión.

Esperamos a que nos entregaran la urna con las cenizas. Cuando todavía estaban calientes, nos dirigimos a dónde pensábamos que había ido **Pepe** cuando salió de la residencia: al final de la playa de la **Zurriola**, a las rocas del **Mompás**. Allí, con mucho cuidado para no rompernos la crisma, echamos sus cenizas al **Cantábrico**.

Luego, depositamos la urna en un contenedor (nos habían dicho que era biodegradable, pero no nos había parecido bien echarla entre las rocas) y nos fuimos a un bar de **Sagüés**. Pedimos dos aguas minerales en dos copas. Esta vez había que hacer un brindis de despedida.

Mientras nos servían. **Juantxo** me hizo la pregunta que llevaba rato esperando que me hiciera.

- *Oye, **Patxi**. ¿Tú por qué crees que la última vez que le saludaste te dijo lo de **¡Viva Grecia!**?*
- *Mira **Juantxo**. En mi opinión, la vida es un gran teatro, en el que sólo en algunas ocasiones uno se representa a sí mismo. **Pepe** probablemente tenía algún síndrome, no sé si congénito o adquirido en su ajetreada niñez, pero, de alguna manera, representaba el papel que había elegido para sí mismo.*

Juantxo me miró y asintió levemente con la cabeza, invitándome a continuar con mi respuesta.

- ***Pepe** era más listo que lo que podía parecer al ver su forma de comportarse. No sólo era consciente de su devenir por la vida, sino que se enteraba muy bien de lo que pasaba a su alrededor, aunque su síndrome o lo que fuera le llevara a no verbalizarlo.*
- *¿Tú crees? -dijo **Juantxo**, con ganas de creerlo él también-.*
- *Lo creo firmemente. Creo que fue consciente de que su vida entraba en el ciclo final, y tomo su decisión. Y creo también que era consciente de que sabíamos que veía todo lo que tenía relación con la actualidad social y política y que teníamos dudas sobre si se enteraba de algo...*
- *Y por eso lo de **Grecia** –dijo **Juantxo**, mientras me miraba y volvía a asentir con la cabeza-.*
- *En efecto. Fue su manera de decirnos que se enteraba muy bien de lo que pasaba: en **Grecia** y, por supuesto, en su vida.*

Y para acabar, añadí algo que no sólo me parecía que era verdad, sino que **Juantxo** se merecía oír:

- *Pienso que hubiera preferido trasmitírtelo a ti, a su amigo, pero me vio a mí y pensó que era su oportunidad, quizás la última posibilidad de informarnos de lo que le pasaba y de lo que iba a hacer. Sabía que te lo iba a decir a ti y confiaba en que entenderíamos su mensaje: no quería acabar sus días en una cama de hospital.*

Juantxo sirvió el agua en las copas. Me dio una de ella, acercó la suya a la mía y, mirando a ninguna parte, con los ojos muy brillantes, dijo:

- ***¡Por Pepe, el ruso!***
- ***¡Viva Rusia!***

Le contesté. Y, con un hilo de voz y un nudo en la garganta, apenas pude añadir:

- ***y...¡Viva Grecia!***